

ropea y helénica al respecto— pero la autora logra destacar muy bien el papel específicamente innovador que Hesíodo desempeña dentro de esta tradición: la *Teogonía* no es sólo un catálogo de divinidades; no es un mito más, sino que el poeta introduce rasgos típicamente griegos en un material ya dado: la perspectiva religiosa, presente en todos los mitos teogónicos, es ensanchada en su poema por una perspectiva moral y racional, ya que Hesíodo explica la historia del universo y de los dioses a la luz de un principio ordenador y de una ley moral. En otros términos, la *Teogonía* describe un proceso que va del desorden al orden, de la inestabilidad a la estabilidad, del predominio de la violencia a la reducción de ésta. (El orden y la justicia —que deben reinar por doquier— sólo son posibles bajo una autoridad definitiva, Zeus, quien ejerce el poder para garantizar el orden justo, el equilibrio de las fuerzas del bien y del mal).

Pero no sólo se encuentra en Hesíodo un afán ordenador y moralizador, sino también —y sobre todo— la importante pretensión de decir la verdad, de presentar su canto como verdadero, idea que prepara el pensamiento filosófico que quiere llegar a conocimientos verdaderos. De tal forma, Hesíodo es una de las grandes figuras que plasman la tradición occidental; él mismo recorre el camino del *mythos* al *logos*, y muchos valores que nos son familiares, como la apreciación del trabajo, la búsqueda de la verdad, del orden, de la justicia y de la armonía, nos provienen precisamente de este gran poeta.

## BONIFAZ NUÑO: LA ÍNTIMA GUERRA FRÍA

Rubén Bonifaz Nuño: *De otro modo lo mismo*, Col. "Letras Mexicanas", Fondo de Cultura Económica, México, 1980

### POR SANDRO COHEN

La publicación de la poesía completa de Rubén Bonifaz Nuño es un hecho importante para las letras mexicanas, ya que los libros de este poeta singular —y no bien leído— son casi imposibles de conseguir.

## LIBROS



Bonifaz Nuño lleva ya más de treinta y cinco años de actividad poética, y su obra —vasta por sus implicaciones y alcances, si no por voluminosa— se ha definido sola. Bien podemos seguir la evolución expresiva del poeta, y bien nos damos cuenta de que su aportación a la poesía mexicana no es meramente formal, aunque en verdad, la forma siempre ha sido una de sus grandes preocupaciones.

Bonifaz Nuño ha sabido dominar la palabra en lengua castellana como pocos poetas lo han podido hacer. Los sonetos de su primera época —y esta forma es la mayor prueba de la disciplina poética en nuestro idioma— fluyen con una naturalidad asombrosa, y la idea del ciclo cerrado, la "perfección", lo apasiona hasta la fecha.

Este es un poeta que ha pasado por el clasicismo, la poesía social, la poesía herméutica, los conocimientos ocultos y muchos otros fenómenos entre *La muerte del ángel*, su primer libro, y *La flama en el espejo*, el último incluido en este volumen. Los temas no han variado gran cosa, pero su manera de expresión, sí; su aliento se va modificando poco a poco a lo largo de los años y todavía se espera mucho más de este poeta nacido en Córdoba, Veracruz en 1923.

*La muerte del ángel*, aparecida en 1945, es una colección de diez sonetos que perfi-

lan los temas y las preocupaciones que no habrían de abandonar nunca a Bonifaz Nuño. Con una serie de condiciones el poeta hace su acto de presencia; dice: "Si nace de tus manos y es oscura/la angustia de sentirme atardecido;/si sueño, si por ti me es concedido/hacer eterna y fácil mi amargura;/si es evidente mi dolor y es dura/tu voluntad de verme oscurecido..." Una especie de previo acuerdo entre poeta y lector antes de compartir la amargura que penetra cada imperfección; un simple aviso del peligro que los acecha. Si el lector reúne las cualidades necesarias (aunque sean las mismas cualidades que se exige el poeta) Bonifaz asegura: "te puedo dar, como si fuera tarde,/una sola palabra, y retornar/a lo perfecto que en mis manos arde.//O dejarte llegar inesperada/hasta tu misma voz, adelantar/y hacer te nula ante la sombra dada."

Sigue cultivando el soneto y publica una serie de estas composiciones en su *Ofrecimiento romántico* que originalmente fue dado a conocer en 1951. En el *Canto del afán amoroso* presenta una curiosa mezcla de soneto y verso libre que logra un tono personal que el poeta haría del todo suyo en obras posteriores. "Dios te salve./Preserve Dios tu santa soledad." Aunque la métrica de los poemas que forman el libro *Imágenes* (1953) es variable —a veces medida, a veces libre—, coquetea constantemente con formas clásicas y no participa de cuerpo y alma en la libre versificación hasta el *Canto del afán amoroso*, mediando su atrevimiento con la seguridad de los sonetos.

*Los demonios y los días* es el punto de ruptura. Bonifaz emplea, hasta las últimas consecuencias, la fina herramienta de su oído que tanto cultivó a través de la traducción de los clásicos y la disciplinada composición de sus propias formas clasicistas. Sólo que aquí la aplica a un verso libre despiadado con todo molde, con toda sensibilidad y hasta consigo mismo: "Sentimos primero que los párpados/resbalan sobre un aceite sombrío"... "Y que todos alcen los necesarios palillos de dientes. Buena es la vida/con baile, terror y sinfonías"... "Hay moscas por todas partes, hay hombres/en los que morimos sin sentirlo"... "Hay días tan áridos, que yo mismo/quisiera callarme, ponerme,/sin pensar en nadie, a dormir". *Los demonios y los días* es una alegoría de la guerra fría entre



los seres humanos, la guerra fría dentro de cada uno de ellos, en ocasiones desplazada hacia alguno de sus símbolos predilectos, como la mosca que ya vimos: “Qué fácil sería para esta mosca, / con cinco centímetros de vuelo / razonable, hallar la salida.” Bonifaz encuentra su inspiración en la desesperanza y en cómo la desesperanza nos vuelve cada vez más humanos. Se esfuerza, a veces demasiado, en un afán de dignificar el papel proletario, por sentirse parte de la base de una gigantesca estructura tambalante, próxima a caer, próxima a no caer nunca. Pero Bonifaz Nuño jamás tuvo que convencernos de su sinceridad. ¿Podemos tachar de retóricos versos como “hay oficios buenos, necesarios a todos; / el que hace las camas y las mesas, / el que siembra, el que reparte cartas, / tienen un lugar entre todos: sirven”? Indudablemente lo son, pero dentro de su obra cobran una insólita inocencia. Sentimos que el poeta acaba de descubrir esta “verdad”, y la encuentra poética. ¿No es curioso que estos versos “socializantes” se encuentren en el mismo libro con otros como “para los que lo saben con amargura / que de la mujer que quieren les queda / nada más que un clavo fijo en la espalda / y algo tenue y acre, como el aroma / que guarda el revés de un guante olvidado”? Habría que afirmar que, en definitiva, esto último resulta más socializante, más humano, que lo primero. Pero en *El manto y la corona* (1958) Bonifaz Nuño vuelve a un tema que en realidad nunca abandonó: el amoroso. Es un diario de la inseguridad, de la inestabilidad del que ama, el que está fatalmente enamorado. El poeta vacila entre la alegría del encuentro y el vacío de la pérdida, pero con más frecuencia se revuelca dentro de la obscuridad del no saber, y ésta es la carne del libro: la zona gris en que ni somos ni estamos... “Siempre que digo ‘hoy’, en lo más hondo / de mí nace una lenta / lumbre, una dolorosa boca triste / que me dice gimiendo / que te he perdido ayer” ... “Tal vez porque al hablarte estoy hablando, / sin querer darme cuenta, / con alguien que no es, que ya no tiene / nada que ver conmigo”.

*Fuego de pobres*, que data de 1961, continúa y hace más personal la línea establecida en *Los demonios y los días*. El poeta ahonda en la pobreza, en su propia pobreza y en todo lo que ésta le puede ofrecer como material de trabajo. Su vehículo son sus propios sentidos. Abre el universo poético con llaves visuales, táctiles y auditivas. También le agrega un desesperado sentido temporal: “cuando llueve en México, lo único / posible es encerrarse / desajustadamente en guerra mínima, a pensar los ochenta minutos de la hora / en que es hora de lágrimas”. Pero desde estas alturas se vislumbra ya el *Siete de espadas*, quizá el libro más hermético, más difícil de Rubén Bonifaz Nuño. En el poema seis de *Fuego de pobres* leemos: “Hoja al aire, indefensa, detenida / apenas única en el árbol / enrojecido y respirante; ojo / sobresal-

tado, abierto, lúcido: en el temor mi corazón. Asfixia, / duermela con fantasma inminente”. El poeta va entreverando estos momentos sugerentes, no definidos en sí, con otros que bien conocemos: “¿Soy éste que se calla? ¿Soy el que gime lejos? ¿El que viene / soy, el que va saliendo, el que se queda?” Estas son las preguntas que concretan el discurso, las preguntas que descubren la no-existencia del poeta como ser integrado, pues queda siempre como marginal, equilibrándose dolorosamente sobre el borde de la locura. La profecía no es vana. Ya en el poema once Bonifaz escribe: “Viéramos, amarilla, construirse / la corona sulfúrica de humo / en la huella del chivo, y floreciera / la doliente señora del incienso / con el siete de espadas”. Paulatinamente se van introduciendo elementos mágicos, ocultistas, cabalísticos, a la poesía de Bonifaz Nuño, los cuales la convierten cada vez más en crucigrama, fórmula secreta que sólo unos cuantos podrán descifrar. Parecería que el afán de soledad en que ha hecho hincapié el poeta se hace patrimonio también del lector. Le priva del conocimiento fácil. Sus pistas son más rebuscadas, de alguna forma enterradas en una fenomenología de lo oculto. A pesar de esto, las imágenes de *Fuego de pobres* nunca dejan de ser sensuales; se sienten, pesan sobre la piel y la penetran. Percibimos el éxtasis doloroso de San Juan, arrojado en espera de la revelación, y su “adversario”, “la bestia acuática, la oscura con el dardo a la espalda”. Mezcla el

“río seminal de blancura” con el “hondo hervor a tientas del volcán, viniendo”. Se le siguen temblando las paredes de su casa, pero ya no se sabe por qué. El misterio se hace progresivamente espeso. De alguna manera sentimos la presencia de los dioses precolombinos cómodamente instalados junto a los helénicos que juegan con el poeta — con el hombre — a su antojo. Aquí cobran suma importancia los números. En *Siete de espadas*, cada una de las 143 estrofas, secciones, divisiones o poemas, consta de siete versos, y la obra cuenta con 1001 versos en total. Aunque la cifra en sí puede no encerrar un significado específico, su tradición dentro de las letras es innegable. Nos recuerda la eternidad y el comienzo de otro ciclo, los cuentos interminables que le salvan la vida a Shahrazad. *El ala del tigre* también responde a una necesidad formal parecida. Cada uno de los 85 poemas del libro cuenta con tres estrofas de seis versos cada uno y dentro de este esqueleto el poeta hace un viaje que no parece llegar a ninguna parte; es un vagar homérico, mítico e intemporal, cuyas referencias son complicadas y ricas en posibilidades poéticas. Bonifaz Nuño, en el último libro incluido en el volumen, no pierde de vista el valor de unidad como concepto de trabajo, pues *La flama en el espejo* cuenta con diez poemas identificados con números árabes y con 28 poemas distribuidos a lo largo del texto que llevan letras del abecedario castellano por título. Esta búsqueda de unidad, esta necesidad de completar un ciclo preestablecido por el autor, es la que más obsesiona al poeta en esta última etapa de su producción.

Pero *De otro modo lo mismo* no es solamente una recopilación de los libros de poesía — y no he hablado de todos en esta nota — que ha escrito hasta la fecha Rubén Bonifaz Nuño. También incluye, por épocas, esos poemas que nunca habían sido reunidos en un volumen. Estas composiciones representan una faceta importante de la obra de Bonifaz Nuño, ya que dejan entrever al poeta fuera del molde de sus libros: poemarios que jamás se salen de tono. En estas piezas sueltas, sin embargo, el autor se da el lujo de expresar su “momento” independientemente de las exigencias formales y temáticas de sus libros. Concretan un autorretrato en extremo valioso para conocer mejor la sustancia poética de Bonifaz Nuño como una totalidad.

La obra de este creador es, en realidad, experimental sólo en el mejor sentido de la palabra. Sus preocupaciones formales no radican en la necesidad de innovar, sino en la de adecuar los temas de su poesía a su propia voz. En la forma reconocen un apoyo, el continente en que vacía su creación. Ahora, con la posibilidad de leer toda, o casi toda la obra poética de Rubén Bonifaz Nuño, nos damos cuenta de que es un hombre obsesivo que persigue sin descanso sus propios fantasmas — y algunos ajenos — más allá de una vana “originalidad”.

